

SOS: "QUIZÁ SOY EL MAS INSIGNIFICANTE DE ESOS HOM-
BRES, PERO TENGO UNA PARTE DE SU GLORIA Y UN TÍTULO
A LA CONSIDERACION DE MIS CONCIUDADANOS, QUE NO PO-
DRAN ARREBATARME NI LA ENVIDIA, NI LA PERVERSIDAD
HUMANA."

La línea de Oriente quedó acéfala y los jefes espar-
cidos por toda ella continuaron sin descanso; demostraron
al invasor la firme resolución que tenían de morir en la de-
manda ó salir avantes en la empresa: Alejandro García,
Alatorre, Méndez, Rivera, Gutiérrez, Cacho, Ballesteros,
Terán y otros mil que figuran á su vez en las acciones
á que concurrieron, no desmayaron ante la calamidad su-
frida; se esforzaban en suplir con su valor, actividad y
decisión, la falta de un Jefe tan querido, de un amigo
tan respetado, como lo ha sido siempre el General Díaz,
para todos los que han militado á sus valientes órdenes.

La prisión del General Díaz influyó de tal manera en
los ánimos timoratos, que muchos hombres del partido
liberal se agruparon en derredor del vacilante trono, dan-
do así prestigio á un Gobierno de hecho, y sirviendo de
columnas al edificio imperial construído desde sus ci-
mientos sobre base falsa, cuarteado y próximo á derrum-
barse al empuje del huracán republicano que no cesaba
de azotar las almenas de un palacio, cuyos cerramientos
jamás han podido soportar el peso de la tiranía.

En la residencia imperial motivo había para felicitar-
se calurosamente; un campeón de la talla del General
Díaz reducido á prisión, justificaba los plácemes más sin-
ceros de aquellos hombres que, olvidando sus antece-
dentes honrosos y el deber que tenían de legar á sus
hijos un nombre sin mancha, habían aceptado un puesto
en la Corte diminuta del soñador de Caserta: pensaron
sin duda que el General Díaz prefería vivir tranquilo

encerrado en su prisión, pisoteando el envidiable título
de liberal intransigente, por tal de no volver á la vida
nómada que por mucho tiempo tuvieron los heroicos de-
fensores de la libertad.

Hombres de espíritu pobre ó de ambiciones colosales,
se sintieron con alas para tender el vuelo al aristocráti-
co castillo, tan pronto como llegó á ellos la noticia de
tan importante captura y suponiendo gratuitamente que
el desaliento en toda la línea de Oriente sería tal, que
bien podría darse por cimentado el imperio, y agonizante
ó muerta la República.

Si es cierto que iba á faltar á ésta un brazo fuerte y
un cerebro despejado, no es menos cierto que el entu-
siasmo y el sentimiento del deber no se extinguían en
todos y cada uno de los que, por lo mismo que nos sen-
tíamos aislados, formamos la resolución inquebrantable
de morir por la patria; pero morir legando á nuestros hi-
jos un nombre que figurara en la Historia, en aquella pá-
gina brillante de nuestra Historia, donde no se proyecta
ni una sombra, ni hay una mancha que el amor filial
quisiera borrar con sus ardientes lágrimas, para que la
posteridad no maldiga memorias sacrosantas en el san-
tuario del hogar.

Precisamente cuando la patria agonizaba, sus más ca-
ros hijos la dejaron abandonada á sus débiles fuerzas, es
decir, cuando necesitaba el concurso de preclaros talen-
tos y de aguerridos campeones; cuando la sangre le ha-
cía falta para robustecer su vitalidad; cuando no tenía
sonrisas que prodigar ni favores que conceder, entonces
fué cuando se conocieron los explotadores políticos que
solo se acercan á la vid que tiene frutos, al rosal que
tiene flores y al árbol que los protege con sus sombra.

Donde había lágrimas y miserias, zozobras y contra-

tiempos, allí no se presentaban los que vivían tranquilos en su seguro retiro, de lo cual debemos felicitarnos los desheredados de la fortuna, ya que aquellos privilegiados del destino podrán disputarnos el asiento en el banquete del triunfo, pero no una honra que vivirá hasta la consumación de los siglos, que será el pedestal de la grandeza en la personalidad eterna de la Patria.

Trémulo por la emoción de gloriosos recuerdos, consignaré en las páginas de este libro los nombres de todos los patriotas que concurrieron á la defensa de la causa santa: la Historia no puede cometer la injusticia de olvidar á los fieles servidores de la libertad de un pueblo, quienes por humildes que sean, tienen el derecho de que sobre su nombre no caiga la densa sombra de la duda: ellos y sus familias pueden hojear con certeza esta Reseña, seguros de que encontrarán esos nombres..... los de los vivos mereciendo el aprecio y la estimación de sus conciudadanos; los de los que fallecieron en la demanda, cubiertos de gloria, como si esta fuera su espléndido sudario.

La publicación de esas listas es tanto más necesaria, cuanto más indigna fué la conducta de algunos mexicanos que, no contentos con faltar á sus deberes, querían á todo trance inocular á los leales con el virus de la infamia.

Rendida la plaza de Oaxaca, el punto de mira de los perjuros lo fué desde luego la línea de Tlacotalpam que vigilaba el pundoroso y valiente General Alejandro García; y los agentes del llamado Imperio pretendían á todo trance introducir la desmoralización y la perfidia en las filas republicanas.

Ramón Marrón, que en Puebla había conseguido las firmas de varios ciudadanos para calzar con ellos una ac-

ta de reconocimiento al Imperio; que había pertenecido á la Junta de Notables y al Ayuntamiento de la ciudad angélica, se dirigió á Tlacotalpam con objeto de poner en juego su astucia y obtener de algunos vecinos firmas y votos á favor del llamado Imperio que, aunque conocía el escaso valor de aquellos votos y de aquellas actas, tenía empeño en aparecer á los ojos de los Gabinetes Europeos, como la expresión franca, sincera y espontánea del pueblo mexicano.

Los celosos defensores de la honra nacional, uno de ellos, justo es decirlo, el humilde General Faustino Vázquez Aldana, tuvo oportuno conocimiento de la llegada de Marrón, en virtud de la especie calumniosa de los amigos de éste, quienes decían que el imperialista contaba con la aquiescencia del patriota é inmaculado General García.

Marrón fué aprehendido y puesto á disposición del Cuartel general, todo lo que consta en el parte que en seguida inserto.

República Mexicana.—Línea de Oriente.—Coronel Jefe del Estado Mayor General—C. General.—Desde la noche de ayer y en la mañana de hoy, había oído circular el rumor en esta población, de que tenía permiso para venir á ella Ramón Marrón, individuo residente en Puebla, y que como miembro del Ayuntamiento de aquella Capital había levantado la acta de adhesión á la Intervención Francesa, y pedido la formación de la Junta de Notables siendo uno de los miembros de ella, cuando ésta nombró Emperador á Maximiliano.

Las mil murmuraciones á que esto daba lugar contra el General García, que decían había otorgado este permiso, me hicieron excusar toda pregunta á este señor, y decidirme á tomar la medida fuerte, pero necesaria, de aprehender al relacionado Marrón de orden de Ud. y con mi carácter de Jefe de Estado Mayor, luego que tuviese la osadía de pisar el territorio que defienden los buenos hijos de México.

Anoche, recorriendo periódicos antiguos del partido imperialista,

encontré en el "Cronista de México" fecha 23 de Junio de 1863, la acta de Puebla á que antes he hecho referencia, suscrita por el ya expresado Marrón; después de esto se me informó nuevamente, que el ya expresado traidor pernoctaba en Alvarado y hoy debía llegar á este punto en el pailebot "Papaloápan".

En consecuencia luego que se avistó la embarcación marché al muelle y esperé que esta fondeara trasladándome en el acto á bordo á donde hice la aprehensión haciéndole se trasladase conmigo á tierra, y lo conduje hasta entregarlo al General en Jefe de esta línea como aprehendido á nombre de Ud. por traidor á la Patria, mandando quedase incomunicado, y fuera conducido con seguridad hasta Tuxtepec para que de ahí fuese remitido á ese Cuartel General.

En algunas violentas explicaciones que mediaron entre el General García, el preso y yo, Marrón confesó en pleno público que había sido miembro de la Junta de Notables, y suscrito la adhesión de la Ciudad de Puebla, como miembro de su Ayuntamiento. Y el Señor General García manifestó, que aunque se le había pedido el permiso por la familia del reo, para que pudiera pasar á esta Villa, sólo había dicho de palabra que podía arribar si no tenía actos en política de responsabilidad, porque la verdad era, que hasta aquel momento ignoraba la conducta traidora de Marrón, y no tenía conocimiento de los documentos publicados por la prensa imperialista, que yo presenté en este acto: yo suplico á Ud. C. General, que apruebe mi conducta que ha sido normada, por los sentimientos de buen mexicano, por la aclamación de la vindicta pública, contra un paso tan inmoral que todos creían ver pasar desapercibido; por la influencia que en todos los actos de la primera autoridad de esta línea ha ejercido la familia con que está enlazado el traidor Marrón que es una de las mejor acomodadas en los puntos de esta Costa, y que aunque tiene en sus miembros algunos que pertenecen al partido Republicano, todos no tienen más fin que el dominio de la autoridad. Esta es la casa "Cházaro Hermanos" que sin embargo de sus tendencias en los pocos días de mi Gobierno y hasta la fecha, se manifestó siempre con la mejor armonía.

Todo lo que tengo el honor de participar á Ud. para su conocimiento manifestándole que mi Ayudante el Capitán C. Fausto Romero ha sido nombrado por el C. General en jefe de esta línea para conducir al traidor hasta Tuxtepec.

Independencia, República y Reforma.—Tlacotalpam, Febrero 25 de 1865.—*Faustino Vázquez Aldana*.—C. General en Jefe de la línea de Oriente.—Oaxaca.

Cuando llegó á Veracruz la noticia de la toma de Oa-



GENERAL CORONEL
FAUSTINO VAZQUEZ ALDANA.
1863-1867.

xaca, el General García, cuya actividad y amor á la Patria nadie se atrevería á poner en duda, comprendió que era urgente y necesario unir los esfuerzos de los puntos cercanos á su línea, para hacer fructífera la defensa y poder contrarrestar los elementos imperiales, robustecidos con la toma de aquella plaza, tanto más inportante, cuanto que había sido nuestro Cuartel general desde que se abandonó la Capital de la República; en Oaxaca perdíamos también al General en Jefe, cuya dirección iba á hacernos, como realmente nos hizo, una falta incalculable.

El General García invitó á los Gobiernos de los Estados de Chiapas y Tabasco para que, con la línea de su mando, formaran un pacto de unión, pensamiento que fué desde luego acogido con entusiasmo y llevado al terreno de la práctica con una diligencia digna de todo encomio.

Urgía en aquellos momentos solemnes hacerse fuertes por la unión, los que eran débiles sin el apoyo del General Porfirio Díaz; urgía hermanar los sentimientos republicanos de uno á otro extremo de la línea de Oriente, y designar de común acuerdo el Jefe que debía ponerse á la cabeza de aquel movimiento salvador en tan aflictivas circunstancias; urgía demostrar al usurpador que si la adversidad y la pérdida de un gran soldado, como el General Díaz, conturbaba los ánimos, no se enfriaban las voluntades ni se quebrantaban los propósitos.

Los comisionados respectivos se reunieron en la capital del Estado de Tabasco y con un juicio y una cordura que los honran en extremo, celebraron el pacto de unión entre los Estados á que me he referido, haciendo constar que tomaban esta patriótica actitud sin conocimiento del Presidente de la República, ya por las dificultades

que había para consultar previamente su respetable opinión, como por la urgencia del caso; pero que cuando fuera dable y á la mayor brevedad posible, se someterían á la aprobación del Supremo y legítimo Gobierno Mexicano, el referido pacto, las amplias facultades de que en su nombre se investía al que resultara electo para el delicado puesto de General en Jefe de la línea, cuya elección debía ser por unanimidad de votos.

La Junta en donde estaban representados los sagrados intereses de la Patria fué compuesta por los CC. Pedro de Baranda, presidente, José M^a Rodríguez, Francisco Vidaña, José M^a Godoy y Manuel Sánchez Mármol, secretario.

Se procedió á la elección del Jefe de la línea, y obtuvo tan distinguida pero tan merecida honra, el General Alejandro García.

De este modo fué como se llenó de pronto la acefalía del benemérito Cuerpo de Ejército de Oriente, medida perentoria, justificada por el patriotismo que la dictaba y la necesidad que la imponía.

Los representantes del infame partido conservador que pululan desgraciadamente en el territorio nacional, comentaron con acritud el nombramiento del General García para Jefe de la línea de Oriente, sosteniéndolo, con la mala fe más refinada, que si al Sr. Juárez no le reconocían facultades de ninguna especie, mucho menos podían reconocerlas á los representantes de tres Estados que *“criminalmente se habían sustraído á la obediencia del Gobierno imperial.”*

Olvidaban ó simulaban olvidar aquellos perjuros, que los poderes de la guerra son parte integrante del legítimo derecho de defensa, innato en todos los corazones, obligatorio en todas las sociedades, ingente y natural en to-

dos los pueblos: olvidaban ó simulaban olvidar los abyectos sostenedores del usurpador, que la salvación de un principio sagrado en la vida social, autoriza al hombre, al ciudadano y al gobernante, á adoptar medidas extremas, cuando con ellas no se contraría el plan prefijado para obtener el fin propuesto; cuando las circunstancias anormales impiden comunicarse con el que representa legítimamente aquel principio, en cuyo nombre se dicta la medida, con la salvedad, como lo hicieron los comisionados, de someter su acuerdo á la aprobación del superior, con lo cual, en buena lógica, se rinde un tributo á la magestad de la Ley representada por el Presidente de la República.

Tan esto es así, tan era legal el procedimiento en medio de aquellas circunstancias, que todos los Jefes de la Línea de Oriente, algunos muy ameritados como Alatorre, Negrete, Méndez etc. etc. que bien podían haber aspirado al honroso puesto de General en Jefe, reconocieron como tal General en Jefe al Ciudadano Alejandro García; porque para la prosecución del plan preconcebido, todo era legítimo, todo era racional, si se había consultado y resuelto el caso con arreglo á la conciencia del patriota sincero.

Los hombres de corazón, los hombres de elevados sentimientos, aquellos que sólo aspiran á la felicidad de la patria en cuyo altar deponen sus intereses personales; aquellos que sólo tienen ambiciones nobles y propósitos honrados, en una palabra y para expresar mi idea en un solo pensamiento, aquellos que formaron el glorioso y benemérito Cuerpo de Ejército de Oriente, sólo se disputaban el punto del peligro, sintiéndose orgullosos y satisfechos de tener al frente de las columnas de